



Publicaciones



Revista Didascalía

SUMARIO
Marzo de 2009 N° 619

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

ESTUDIOS

- 1- Victorino Zecchetto: **Cuaresma en temporada alta**
- 2- Néstor Gastaldi: **El diálogo interreligioso, ¿se está dando ya? ¿de qué manera?**

BIBLIA & CATEQUESIS

Ariel Álvarez Valdés: **¿Estaba San Pablo a favor de la esclavitud?**

EXPERIENCIAS

- 1- Jorge Tournour: **Una mamá, una lucha, un amor...**
- 2- Fernando Ubal: **Hay vida, hay esperanza**

OPINIÓN

Frei Betto: **Pido disculpas**

NUEVA SECCIÓN

Ricardo Noceti: **La carne se hizo palabra**

RECURSOS

- 1- Sergio Checchi: **El camino de la cruz (Vía Crucis)**
- 2- Hna. Elisa Zanín: **Vida de Pablo: Judío practicante**

ENTRE NOSOTROS

NOS INFORMAMOS

BIBLIOTECA DEL CATEQUISTA

- 1- Otra forma de vivir. Paradojas de la vida monástica. - *Enzo Bianchi*
- 2- Los frutos del Espíritu. Su presencia en nuestras vidas. - *Giuseppe Angelini*
- 3- El año de San Pablo. *Benedicto XVI*
- 4- Pablo: trabajo y misión. *José Comblin*



La carne se hizo palabra

Ricardo Noceti
Casa Parroquial N. S. del Rosario
Calle Cipolletti 70
R8336 Villa Regina (Rio Negro)

“¡Pero ahora amanece!
Yo esperé y lo vi venir,
Y sea mi palabra lo que vi, lo sagrado”.
(Hölderlin)

La carne es el hombre con todas sus aspiraciones, angustias y expectativas. Con sus preguntas. Con su búsqueda inagotable. Escarbando cada día para encontrar el tesoro, con la única herramienta de la palabra.

Porque la palabra es siempre más que su sonido, que la grilla de su gramática de perfiles rígidos y establecidos. Ella va siempre más allá. Es el lugar donde el pensamiento encuentra su morada, la ventana para poder mirar otros mundos.

Porque la palabra crea. Donde puede resonar, donde se abre un espacio para su fulgor, algo acontece. En ella brilla un poder distinto, como el de los soles, que iluminan con su propia luz. Como el de los torrentes, que abren el cauce con su propia fuerza. Hace brotar la vida donde yacía la muerte. Trae agua al desierto. Maná o pan a los hambrientos.

La palabra de los dioses o de los hombres dice los mitos primeros de donde todo procede, donde todo nació una vez. “Dijo Dios” y fueron hechas las cosas. “Dijo el hombre”, y muchas cosas fueron hechas o deshechas. Desde entonces hubo historia porque cada uno pudo decir su propia palabra, hacer el mundo.

La palabra es libertad. Cuándo y cómo empuñarla es mi opción y mi destino. A quién destinarla y a quién negarla. Cuándo decirle y dónde callarla. La palabra es mi viento y yo puedo elegir dónde y cuándo soplar.

Porque la palabra también puede enarbolar un puñal o una espada. Y puede matar, destruir, castrar. Porque pocas cosas pueden traer tanto dolor y sangre como la palabra. Ella hiere, quiebra, agrede, maltrata. Puede ser imprecación y azote. Y aún así, seguir diciendo, a veces verdad y a veces muerte.

Pero la palabra también sana. Venda las heridas. Cura las enfermedades. Restaura lo que está roto. Prodigia la caricia del consuelo. Produce el milagro de las lágrimas allí donde las cuencas de los ojos parecen secas. Es bálsamo y aceite para la más cruel mordedura. Abre ventanas nuevas en las piezas cerradas o en los callejones sin salida, cuando parece que todo está perdido y nada es posible.

La palabra cuenta nuestra historia. Lo que fuimos, lo que somos, tal vez lo que seremos. Nos devela el misterio encubierto, el latido oculto, la puerta secreta por donde ir a beber a nuestra propia fuente. O asomarnos al abismo que está siempre debajo. Rompe la costra del silencio malo. Que nos hace creer que ya sabemos quienes somos. O que estamos al amparo de la duda o de la fe.

Porque se vuelve aguijón que desinstala, punta que penetra con su doble filo, flecha lanzada hacia el blanco ignoto de la vida o de la muerte. Nos mueve a caminar, a no conformarnos con las cosas hechas, con puertos de paso, con seguridades tibias. A buscar siempre otro norte, otra batalla, otro horizonte.

La palabra desnuda y arropa. Para que no nos pongamos detrás del personaje, para que caigan las máscaras y maquillajes, para que brille la única diadema del corazón, en la que todos somos inevitablemente iguales.

Pero también arropa para que nadie sienta frío a la intemperie, para que en la densa nevada de la noche, sobreviva el palenque o arda una lámpara. Es decir, se arrime un hombro amigo en el que buscar refugio.

La palabra nombra. En la noche oscura de la soledad hace sentir que hay alguien buscándote o esperándote. Te llama. Te hace sentir interpelado y único. Sortear el vacío de la nada, los gruñidos de las fieras, el gemido del desierto. Cuando la palabra pronuncia nuestro nombre se abre para nosotros el jardín, es decir, el Paraíso. Resucita Abel y vuelve a hacer hermanos.

La palabra ensancha la mente y despierta la conciencia. Nos subleva y dignifica. Resucita la vida en su manantial más hondo y de su más alto cielo. Se vuelve utopía y rebelión porque nunca quiere renunciar a la patria de sus sueños. Porque no se conforma con decir lo útil o lo que sacia. Porque sabe aprovechar también las hojas secas y la memoria viva. Porque siempre nos lanza más allá de nuestros cortos ojos. Porque se hace profecía y hoguera donde muchos pueden percibir un rayo de esperanza.

La palabra requiere la audacia de la escucha, el silencio bueno de la tierra y el aire. De la noche que es remanso y del regazo de la alborada. Del oído atento y capaz de estremecerse, de rendirse, de postrarse.

La palabra está llamada a florecer en el árbol de la belleza. A hacerse poesía, es decir, revelación, canto, estallido de luz en la espesura. A erguirse por su propia fuerza cuando todo se desploma o desaparece. A convertirse en coro, en multitud, en pueblo.

Y detrás de cada palabra dicha o escrita siempre la sed del agua viva, que no se puede recoger nunca de las "cisternas agrietadas" (Is).

Y la palabra nombra también lo inexpresable y lo inefable. Nombra también al Verbo, a Aquel que "estaba en el principio junto a Dios y por quien todo fue hecho" (Jn 1,2-3). Él es la Palabra por excelencia, porque es la Palabra que salva, que redime, que libera. "Ya que no se ha dado a los hombres sobre la tierra otro Nombre por el cual podamos ser salvados" (Hch 4, 12).

Y esta es la última razón por la que el hombre no puede vivir sin la Palabra. En Él la Palabra alcanza toda su densidad y sentido, toda su fuerza de vida y salvación.

Por eso el hombre, a través del lenguaje, revela también su nostalgia de "algo más" o de "alguien más". No le basta nunca lo que tiene, lo que sabe, lo que intenta aferrar.

La literatura es uno de los ámbitos en los cuales el hombre expresa lo más profundo de esta búsqueda y de esta nostalgia.

Por eso vale la pena subirnos a este mirador, desde el cual se puede de alguna manera contemplar el misterio. No en vano García Lorca dijo en uno de sus poemas. "Sólo el misterio vive. Sólo el misterio". A través de esta columna trataremos de presentar textos escogidos (generalmente poesía, en razón de su brevedad) de la mejor tradición literaria, especialmente iberoamericana. No serán siempre textos que exaltan o se identifican con la religión o la fe cristiana. En ocasiones, por el contrario, la cuestionarán duramente. Necesitamos escuchar las voces que disienten o se escandalizan ante una imagen muchas veces desfigurada de la fe. Otros textos revelarán la búsqueda o la acogida de Dios o del Evangelio de Jesucristo, a veces de manera apenas presentida, otras veces confiada y gozosa.

En todos los casos, sin embargo, podremos advertir el reclamo de una verdad y de una vida que están más allá de lo que hoy tenemos entre las manos y que se nos escurre tan rápidamente.

Por otra parte, la belleza es siempre un puente que nos acerca a Dios. Y hoy, en que tantos puentes están rotos, necesitamos transitarlo nuevamente.

¿Cómo podrán “proponerse” catequísticamente estos textos?

- Ante todo, la lectura individual y/o grupal hablará por sí misma.
- Los profesores de literatura los podrán considerar y comentar, tratando sobre las posibilidades de la palabra (la poesía) de introducirnos en otros mundos o abrirnos a otros horizontes.
- Los catequistas podrán utilizarlos especialmente como punto de partida o, más ocasionalmente, a modo de conclusión de sus encuentros.
- Cada tanto, ofreceremos también algunas preguntas que ayuden a profundizar el texto, descubrir más a fondo sus potencialidades y compartir en grupo. O algunos textos bíblicos o patrísticos que puedan iluminar ulteriormente el asunto.
- Comenzaremos a publicar estos recursos en las próximas entregas de la revista.

Frases de choque

La palabra es mi viento y yo puedo elegir dónde y cuándo soplar.

La palabra está llamada a florecer en el árbol de la belleza.

Ilustración

Paisaje con árboles agitados por el viento.